

REPENSAR LA CULTURA

J. L. González Quirós
Madrid, Ediciones Internacionales Universitarias,
2003, 235 páginas.

En los vaivenes de la tormenta postmodernista, ya era hora de que alguien repensara con fundamento el actualmente tan vilipendiado concepto de cultura. El tema se halla en la palestra del pensamiento actual y lo discuten prestigiosos y no tan prestigiosos pensadores contemporáneos. La cuestión es, precisamente, que de seguir con la actual disolución y confusión irrefrenables de valores y conceptos, con el *everything goes* como convicción reinante en una parte considerable de los ámbitos intelectuales, nos estamos jugando la supervivencia de la cultura occidental.

En este clima de incertidumbre y anarquía, resulta animador y clarificador un libro que pone los puntos sobre las íes, reconsiderando los aspectos claves de este inevitablemente complejo y polifacético tema que es la cultura. El autor ofrece, en diez capítulos, un panorama de las cuestiones más destacadas y acuciantes en este ámbito, comenzando con las acepciones y los orígenes de la cultura (caps. I y II). Destaca luego dos facetas imprescindibles: por un lado, "La cultura como saber" (cap. III), porque "el cultivo del espíritu, la edificación de una cultura personal, ha de acometerse con ánimo ecuánime y con espíritu crítico, para no perderse entre contradicciones y para no llegar a puerto antes de haber siquiera zarpado" (p. 58); por otro, "La cultura como libertad" (cap. IV): "La cultura existe como libertad en la misma medida en que las ideas y las acciones que la caracterizan no estén determinadas ni por necesidades naturales ni por imposiciones ajenas al sujeto. (...) Así pues, la diversidad cultural es fruto de la libertad y la mejor muestra de su existencia" (p. 86). ¿Qué duda cabe de que la cultura no puede funcionar ni ejercerse sin liber-

tad? Y esto obedece a que uno de los ingredientes más poderosos de la naturaleza humana es la libertad; no podemos no ser libres, por tanto, tampoco puede no serlo la cultura, que es obra y fruto de la actividad e intervención del hombre. La libertad es, sin duda, condición para la existencia de la diversidad de culturas, de la cultura personal e individual y, paradójicamente, también de la coincidencia universal de rasgos culturales comunes. Sorprende que en este contexto no se comenten las aportaciones de Eugenio d'Ors a la ciencia de la cultura.

Las reflexiones sobre "Los fundamentos de la cultura occidental" (cap. V), constituidos por "la filosofía griega, la religión cristiana y la ciencia moderna" (p. 104), no son originales. Se echa de menos la mención del derecho romano, que suele estar presente en otras consideraciones sobre el tema. Sin embargo –además de que resulta útil repensar las fuentes de las que se nutre la cultura occidental– se evita aquí, decididamente, rendir culto a la falsa diversidad, y se pone de relieve la existencia de esta tríada de pilares comunes sobre los cuales descansa la casa, tantas veces desprestigiada, donde habita la cultura de Occidente. Es de elogiar el valor y la perspicacia con que el autor analiza las aportaciones de la "religión de Israel", tema tabuizado, si no ridiculizado, en numerosas publicaciones al respecto.

El capítulo dedicado a la relación entre "Ciencia y cultura" (cap. VI) combate la creencia, muy difundida en la actualidad, de que la ciencia puede sustituir la cultura puesto que, para pensadores y gente de a pie, "la ciencia se ha convertido en un modelo" (p. 124). El cientificismo está transformándose en "una apología de la autosuficiencia humana" (p. 126), ignorando las inevitables e insuperables limitaciones de cualquier saber humano. En ningún caso, la mera ciencia, por muy progresista y profundizadora que sea, es un sustituto de la cultura en el sentido lato y completo de la palabra.

Las consideraciones acerca de la relación entre "Las artes y la cultura" (cap. VII) presentan las consecuencias de lo expuesto en los capítulos anteriores, porque revelan que "ni ciencia ni religión son enteramente suficientes para la constitución de una auténtica cultura: además de ellas, necesitamos las artes, el cultivo de la imaginación, explotar las facultades creativas de que estamos singularmente dotados (...) y continuar cultivando las formas que los hombres han inventado y usado para representarse a sí mismos" (p. 160). No se trata de conceder a las artes la exclusividad de constituir el ámbito único de la cultura, como suele ocurrir con demasiada frecuencia, sino de destacar su contribución imprescindible al desarrollo de la cultura, tanto en su aspecto individual como en el colectivo; tanto en su vertiente formativa como en las obras fruto del empeño creativo. Estas reflexiones son, también, especialmente reconfortantes porque no rehuyen la crítica de las numerosas supercherías e imposturas a las que los ciudadanos con-

LIBROS

temporáneos están expuestos de continuo, y contra las cuales se sienten indefensos por la confusión que siembran los propios artistas y la industria que los rodea, amparándose en la justificación de que basta que se etiquete como arte cualquier objeto para convertirlo en obra artística.

En el capítulo VII, también se defiende la encubierta “utilidad” del arte, porque “mediante las artes hemos descubierto el mundo de la posibilidad, una ampliación del reino de lo real que estaba a nuestra disposición, pero que ha debido ser desvelada, puesta en verdad” (p. 171). Se observa en ésta y muchas otras afirmaciones, que el autor sugiere la aplicación de los trascendentales –lo verdadero, lo bueno y lo bello– como criterio y medida suprema de todas las actividades culturales.

Quizá el capítulo VIII, “Postmodernidad: la cultura de la irrealidad y el espectáculo de la cultura”, hubiera debido ponerse al inicio del libro; de este modo habría situado al lector *in media res*, en la situación cultural que vive a diario y que se trata de superar porque es una amenaza para la cultura y para la convivencia que, al fin y al cabo, también constituye un esencial quehacer cultural. Además del destacado estímulo para el entretenimiento

intelectual que nos ha deparado el concepto de la postmodernidad, no debería infravalorarse su capacidad para confundir las mentes: basta pensar en los desguisados que ofrecen los llamados “cultural studies”. El papel de la política, responsable hasta cierto punto de la situación actual de la cultura y, al mismo tiempo, de remediar los extravíos que padecemos, se explicita en el último capítulo, “La cultura y el estado: las políticas culturales”. Es difícil deshacerse de la idea de que los gobiernos y sus responsables culturales son víctimas del reinante confusionismo postmoderno; y pasará mucho tiempo antes que se descubra el objetivo nuclear de la auténtica cultura, que “es el esfuerzo que hacemos por vivir con dignidad e inteligencia, por entender de modo más amplio los apasionantes y variados misterios de este mundo, por forjarnos una idea de nuestra vocación y de nuestro destino y por sostener con vigor los fundamentos de nuestra libertad ...” (230-31).

No cabe duda de que muchos lectores descubrirán en la profundidad y sabiduría de este libro los criterios para analizar la precaria situación cultural que nos hallamos, y encontrarán los estímulos e instrumentos para mejorarla. ☞

Kurt Spang